

## **Identidad y tarea de los superiores cistercienses**

El tema concreto de mi intervención ha cambiado varias veces, también en el programa. Pero diría, más bien, que ha madurado y se ha precisado a medida que he encontrado en las comunidades, superiores, monjes y monjas, situaciones y problemas en nuestra Orden. Quisiera expresarme a partir de la experiencia de este año como abad general y, evidentemente, de mi experiencia pasada como monje y abad de Hauterive. Esta mañana quisiera concentrarme sobre todo en el tema de la identidad del superior en nuestra Orden Cisterciense. Me parece un tema fundamental y urgente que hay que afrontar, porque veo en mí mismo y en todos los superiores con los que me he encontrado que no se da por hecho el tener clara la identidad, lo que somos, lo que quiere decir ser abad, abadesa, prior, superior de una comunidad. La semana pasada hablaba a los jóvenes del Curso de Formación Monástica sobre esto, comentando en el capítulo 72 de la Regla, sobre el buen celo que han de tener los monjes, la frase: “Amen a su abad con caridad sincera y humilde - *abbatem suum sincera et humili caritate diligant*” (72,10).

Decía: “A menudo hay una cierta desorientación en el papel y en el ejercicio de la autoridad en la Iglesia y en nuestras Órdenes. Es como si los superiores no supieran cómo situarse ante sus hermanos. También porque los hermanos y hermanas no saben cómo situarse ante sus superiores. Así, a los superiores les cuesta encontrar la relación justa, equilibrada, verdaderamente autorizada, sin autoritarismo, con los hermanos o hermanas de su comunidad. Y, a menudo, noto que esto proviene del hecho de que muchos superiores no han tenido, a su vez, una buena relación con sus superiores. Son como huérfanos que se convierten en padres y madres, y no saben cómo comportarse con sus hijos. Entonces, comenzamos a buscar técnicas, modos de actuar, instrucciones, como si la autoridad en Cristo fuese algo que puede funcionar con un manual en la mano”. ([www.ocist.org](http://www.ocist.org); Capítulos del Abad General; 22.09.2011)

Constato esto en los superiores de la Orden y no, ciertamente, como una negligencia o falta de responsabilidad con respecto a la tarea asignada. Puedo decir que en este año no he encontrado prácticamente un solo superior negligente, que no se dé verdaderamente a desempeñar bien su tarea. Todo lo contrario: sobre todo he encontrado superiores que se entregan con muchísima energía a sus comunidades, hasta sufrir, hasta encontrarse mal física y psíquicamente ante las dificultades, ante la cerrazón de ciertos hermanos y hermanas, y ante todos los problemas que tienen relación con su tarea. Esto es un signo de caridad y de sentido de la responsabilidad muy positivo. Pero es verdaderamente un malestar, al nivel de la identidad, al nivel de cómo ser y vivir la responsabilidad. Un malestar y una soledad. Pero también un deseo de ser ayudados y de ayudarse entre los superiores, incluso más allá de las fronteras jurídicas de las Congregaciones o de las Órdenes.

Noto que esta situación y exigencia no es propia solo de nuestra Orden y añadiría que no es propia solamente de nuestra vocación, de nuestro estado de vida. La encontramos también en la mayor parte de los sacerdotes ante su responsabilidad pastoral, mucho más solos que nosotros. Pero la encontramos también muchísimo en quien vive la vocación matrimonial y paternal. Por diversas razones, he tenido que acompañar en el pasado a distintos grupos de laicos enfrentados a desafíos y dificultades de la vocación esponsal y de la vocación a la paternidad y maternidad, y

he constatado a menudo que los superiores religiosos vivimos los mismos problemas de los padres de hoy. Extrañamente, mi libro quizá más vendido es un compendio de conferencias dadas a las parejas sobre su vocación. Pero lo que les decía a ellos partía siempre de mi experiencia de comunidad monástica y de responsabilidad abacial, o de aquello que ellos mismos me testimoniaban y contaban de su experiencia<sup>1</sup>.

El malestar en la vivencia de la paternidad, la maternidad, es común hoy en día a todas las vocaciones. La confusión sobre la identidad del responsable, de la autoridad, del padre o madre, del maestro, es generalizada. En esto no estamos fuera de nuestro mundo y de nuestra cultura. Pero no debemos olvidar que nuestra vocación comporta una grande y rica tradición en este ámbito. Como superiores de monasterios somos herederos de padres y madres que, al menos a partir de san Benito, son y serán siempre una fuente segura y vivaz de nuestra identidad y vocación de paternidad y maternidad.

Diría que hoy en día, si somos o nos sentimos a menudo huérfanos existenciales, de hecho, no lo somos, porque detrás de nosotros hay un fuerte y vivaz carisma de paternidad que siempre puede alimentar y renovar nuestra identidad de superiores. Pero estamos como distraídos; como perdidos o alejados del acceso a esta fuente viva por diversos factores culturales, psicológicos o metodológicos. Creo que una Orden puede vivir y dar fruto solo en la medida en que consigue ayudar a sus miembros y, sobre todo, a los superiores, a acceder al carisma de paternidad que le es propio, a vivirlo y transmitirlo. Esto es en el fondo lo que permite a una familia religiosa ser fecunda y perdurar en su carisma y en su misión, adaptándose a las épocas y a los tiempos por los que pasa.

Entonces, creo que debemos, ante todo, profundizar juntos en los siguientes interrogantes: ¿Cuál es nuestra identidad como superiores según nuestro carisma? ¿Cómo podemos hacerla nuestra, vivirla, asimilarla en el ministerio que nos ha sido confiado por nuestras comunidades y por la Orden, por la Iglesia? ¿Cuáles son los puntos esenciales y fundamentales en el ejercicio de nuestra responsabilidad?

Seguidamente, podremos meditar juntos sobre el papel de la Orden y de nuestra pertenencia a la misma para vivir esta identidad, es decir, meditar sobre la fraternidad entre los superiores en el ámbito de la diversidad y pluralidad que caracteriza nuestra Orden, en la variedad de culturas, de Congregaciones, de observancias de cada comunidad, etc.

### **Nuestra identidad como superiores, según nuestro carisma**

“Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica, para que por tu obediencia laboriosa retournes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia” (Pról 1-2).

La identidad del superior, según nuestro carisma, está seguramente concentrada en la Regla de san Benito. Es la identidad que han querido vivir nuestros padres y madres cistercienses, como traslucen sus escritos y sus vidas. Para todos los aspectos de nuestra vocación, me parece siempre más urgente volver a encontrar la fuente benedictina y de hallar siempre de nuevo en la Regla la inspiración profunda y viva, siempre actual, de la vida de nuestras comunidades, sea cual sea el estilo, la historia, las observancias y las actividades que las caracterizan.

---

<sup>1</sup> Mauro Giuseppe Lepori, *Fu invitato anche Gesù - Conversazioni sulla vocazione familiare*, Edizioni Cantagalli, Siena 2006.

En la Regla de san Benito se habla muchísimo del abad y para el abad. Pero en la Regla se habla, ante todo, de la comunidad cenobítica, de la vida, del camino, de la organización de la comunidad fraterna de los monjes. Y es bueno no olvidar que nuestros Fundadores no fueron solo los primeros tres Abades de Cîteaux, sino toda la comunidad monástica que, bajo la guía de san Roberto, y también después de la vuelta de san Roberto a Molesmes, comenzó a vivir en Cîteaux con simplicidad y sobriedad el carisma benedictino. Quiero decir que no existe una identidad del superior cisterciense independientemente de una comunidad. En efecto, es la comunidad la que elige su abad, su abadesa, para ser edificada y conducida en el camino de su vocación. Por lo tanto, es la vocación de la comunidad que vive según la Regla de san Benito la que define y determina la identidad de la vocación del superior.

## **Escucha y sigue**

Hace algunos días decía en el Capítulo para el Curso de Formación Monástica que “cada vez me doy más cuenta de que el binomio que resume la Regla y el carisma de san Benito no es tanto el de “*ora et labora*”, que corre el riesgo de definir la vocación benedictina de forma demasiado dualística o, quizá, no bastante integral, sino el binomio “escucha y sigue”. Quizá no es una casualidad que la primera palabra de la Regla sea “*Obsculta* – escucha” y la última sea “*pervenies* – llegarás” (73,9). Alcanzarás, llegarás, es una promesa hecha a quien camina y a quien camina siguiendo un camino, una guía” (www.ocist.org; Capítulos del Abad General; 23.09.2011).

La comunidad, según san Benito, es una comunidad llamada a escuchar y seguir a Cristo, y toda su organización y disciplina tiene como finalidad ayudarse mutuamente en esto. Todas las observancias, actividades y estilos son posibles, pero lo esencial para san Benito es que se viva esta realidad, que la comunidad sea lugar común de escucha y de seguimiento, es decir, de adhesión al Verbo hecho carne, un lugar mariano, como han comprendido muy bien los Cistercienses, en el que acogiendo con libertad la Palabra, abre la vida, en todos sus aspectos, de modo que llegue a ser encarnación de Cristo.

Se podría ilustrar esto a lo largo de todo el recorrido de la Regla. No es este el momento para hacerlo. Lo que nos interesa ahora es subrayar que este binomio “escucha y sigue”, característico de la “escuela del servicio del Señor” (Pról 45) que organiza san Benito, determina la identidad y la tarea del superior de la comunidad, y entender cómo ha de acontecer.

Dejemos claro que ésta no es una invención de san Benito, sino que viene de la Sagrada Escritura, del Evangelio; viene del mismo Cristo que, como Buen Pastor, ha suscitado y pedido escucha y seguimiento para conducirnos libremente a la salvación, a la vida eterna: “Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas mi siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano” (Jn 10,27-28).

## **Representante de Cristo**

Cristo, Buen Pastor, es el que llama y acompaña a las ovejas hacia la gracia de la vida eterna, el Buen Pastor que es Maestro y Padre de las ovejas, al que el abad debe representar. Toda la identidad del abad es la representación de Cristo: “El abad que es digno de regir un monasterio debe acordarse siempre del título que se le da y cumplir con sus propias obras su nombre de superior. Porque, en efecto, la fe nos dice que hace las veces de Cristo en el monasterio, ya que es designado con su sobrenombre, según lo que dice el Apóstol: «Habéis recibido el espíritu de adopción filial que nos permite gritar: *Abba!* ¡Padre!»” (RB 2,1-3).

“Y al abad, por considerarle como a quien hace las veces de Cristo, se le dará el nombre de señor y abad; mas no por propia atribución, sino por honor y amor a Cristo. Lo cual él debe meditarlo y portarse, en consecuencia, de tal manera, que se haga digno de este honor” (RB 63,13-14).

El punto de partida de nuestra responsabilidad e identidad como superiores es un poco el encuentro entre dos abismos: Cristo Señor y Padre y nuestra miseria que está llamada a representarlo, a hacer sus veces. San Benito nos dice aquí explícitamente que la desproporción entre lo que somos y lo que representamos no debe ser olvidada, que debemos “meditarla” (“*ipse autem cogitet*”; 63,14). Forma parte de nuestra identidad de superiores el ser conscientes que la misma implica una desproporción irreducible, que no colmaremos nunca con nuestras fuerzas, sino solo con humildad en la acogida de la gracia y de la fe. En los dos fragmentos, san Benito se expresa con la misma fórmula, con las mismas cuatro palabras que hace oscilar como el latín permite: “*Christi agere vices creditur*” (2,2); “*vices Christi creditur agere*” (63,13).

Ser abades, abadesas, superiores del monasterio, es una cuestión en la que se está en el lugar de Uno al que no se puede sustituir, de Uno que solamente se puede representar, es decir, del que se debe mostrar la presencia, y no reemplazar la ausencia. Por esto, el representante es aquí tan objeto de fe como el Representado.

Esta conciencia debería suscitar en nosotros, ante todo, una gran humildad, un gran sentido de que “no se trata de nosotros”, sino de Cristo. Pero también una gran paz, una gran tranquilidad, precisamente porque el problema no es nuestra persona, lo que somos o no somos, sino permanecer transparentes al verdadero y único “pastor y guardián de nuestras almas” (cfr. 1Pe 2,25).

Por esto, diría que existen dos infidelidades mayores con respecto a nuestra vocación e identidad como superiores: el orgullo y el desánimo. Extrañamente, aunque parezcan dos actitudes contrarias, a menudo se generan la una a la otra. El orgullo quiere decir para nosotros apoderarse del poder y del honor debido solo a Cristo y pretenderlo y arrogárnoslo a nosotros mismos. El desánimo es el valle que corresponde a la montaña del orgullo. Donde hay una montaña, se forma un valle. A uno le cuesta representar a Cristo, garantizar el honor y el amor debido a Cristo, y piensa que esto es un fallo suyo, entonces, se desanima y quiere abandonar. Como si Cristo pudiera ser representado solo en el éxito y en el honor, y nunca en la *kénosis* de la Cruz...

## **La sed de poder**

Últimamente he encontrado una página de un libro de Primo Levi que me ha hecho reflexionar mucho. Primo Levi era un hebreo italiano que fue internado durante un año en Auschwitz y se expresa después en textos muy crudos y verdaderos sobre su experiencia. En el libro *La tregua*, relata el difícil período que siguió a la liberación de Auschwitz y el largo periplo para volver a casa. En uno de los campos rusos de recogida de ex prisioneros de los Lager nazistas observó y describió a un personaje que es la caricatura, desgraciadamente real, del hombre que vive para el poder, también en la Iglesia:

“El contable Rovi había llegado a ser jefe de campo no por una elección de sus subordinados ni por investidura de los rusos sino autonómicamente: porque, siendo un individuo de cualidades morales e intelectuales más bien pobres, poseía en grado muy notable la virtud que, en todos los climas, es la más necesaria para la conquista del poder, es decir, el amor por el poder. Contemplar el comportamiento de quien actúa no de acuerdo con la razón sino según sus impulsos más profundos, es un espectáculo de interés extraordinario, semejante al que disfruta el naturalista que estudia las actividades de un animal de instintos complejos. Rovi había conquistado su cargo actuando con la misma espontaneidad atávica con que la araña teje su tela; porque como la araña sin la tela, Rovi sin su cargo no podía vivir. Había empezado a tejer en seguida: era verdaderamente un necio, y no sabía palabra de alemán ni de ruso, pero desde el

primer día se había asegurado los servicios de un intérprete, y se había presentado ceremoniosamente al mando soviético en calidad de plenipotenciario de los intereses de los italianos. Había organizado una oficina, con letreros (escritos a mano, en hermosos caracteres con ringorrangos), sellos, lapiceros de varios colores y un registro; y no siendo coronel, ni siquiera militar, había colgado de su puerta un cartel llamativo: «Puesto de mando italiano - Coronel Rovi»; se había rodeado de una pequeña corte de marmitones, escribientes, sacristanes, espías, mensajeros y bravucones, a los que remuneraba en especie, con víveres sustraídos a la ración de la comunidad y liberándolos de todos los trabajos de interés comunitario. Sus cortesanos, que como siempre sucede eran mucho peores que él, se preocupaban de que (aun por la fuerza, lo que raramente era necesario) se cumpliesen sus órdenes, lo servían, le llevaban informaciones y lo adulaban intensamente.

Con sorprendente clarividencia, que es como decir por un procedimiento mental altamente complejo y misterioso, había comprendido la importancia, y aun la necesidad, de tener un uniforme, ya que tenía que tratar con gente uniformada. Se había inventado uno al que no le faltaba imaginación, bastante teatral, con un par de botas soviéticas, una gorra de ferroviario polaco, chaqueta y pantalones que no sé dónde había encontrado que parecían de estameña, y puede que lo fuesen: había encargado que le cosieran galones en la pechera, hebras doradas en la gorra, grecas e insignias en las bocamangas, y llevaba el pecho lleno de medallas”<sup>2</sup>.

He retomado esta larga cita porque la caricatura de este personaje me dispensa de alargarme sobre los miles de modos con los que también en la Iglesia, incluidos los monasterios, incluidos nosotros, estamos siempre tentados de concebir y vivir la autoridad y la responsabilidad como una tela de araña que debemos tejer nosotros, con mil estratagemas y miles de manipulaciones de nosotros mismos, de las circunstancias y de las personas, y también de Dios, que, finalmente, se convierten en algo ridículo y nocivo para los demás y para nosotros mismos. Pero quien nos pierde, nos diría san Benito, es, en el fondo, el mismo Cristo, que ha corrido el riesgo de hacerse representar por nosotros. Sin humildad y distancia del poder arrojamos la autoridad de Cristo en el fango, hacemos como los soldados romanos que lo han disfrazado de rey para humillarlo y torturarlo.

Pero no quiero insistir demasiado sobre este aspecto, porque, de hecho, me parece que actualmente los superiores de la Orden están más tentados por el desánimo que por la sed y vanidad del poder.

## **El desánimo**

Decía que el desánimo de los superiores es, con frecuencia, el valle que desciende de la montaña del orgullo. Lo decía, sobre todo, en el sentido de que muy a menudo esto deriva de la comprensión errada de lo que significa “hacer las veces de Cristo”. Decía que el vicario de Cristo no está llamado a reemplazar a Cristo, sino a ser una especie de forma encarnada de su Presencia que siempre permanece con nosotros y no cesa de hablar y actuar directamente a través de todos los signos e instrumentos eclesiales que suscita.

La fe en la presencia de Cristo Buen Pastor, Maestro y Padre, es justamente la que debe siempre alentarnos y animarnos en nuestro ministerio de responsabilidad, a través de cualquier prueba, crisis o fallo que podamos pasar o que debamos sufrir, también por parte de nuestra misma comunidad. Representamos, repito, a Aquél que no podemos sustituir, y esto quiere decir que es Él mismo la fuente y la sustancia inagotable de nuestra tarea, en todas las modalidades a través de las cuales se nos ha pedido representarlo.

---

<sup>2</sup> PRIMO LEVI, *La tregua*, Ed. El Aleph 1963, p. 23.

Esta es la conciencia que nos pide san Benito tener presente, meditar, pensar, ante todo porque, paradójicamente, nuestra identidad más profunda como superiores radica justamente en esto "hacer las veces de Cristo", es decir, hacer las veces de Otro. Somos verdaderamente nosotros mismos si representamos a Otro que nosotros mismos. Esta paradoja no es alienante cuando se trata de representar a Cristo, porque en Él somos creados, y, cuanto más nos identificamos sacramental y existencialmente con Él, más somos ontológicamente nosotros mismos. Y en la teología paulina del Cuerpo místico de Cristo, esto vale para todos los miembros, cada uno según la vocación que tienen en la vida del Cuerpo, porque en cada miembro se manifiesta, de modo diferente, la presencia viva del Resucitado.

Esta conciencia de representar a Aquél que no se puede sustituir es fundamental para entender y vivir nuestro ministerio con verdad, fecundidad y paz. Sin embargo, es precisamente este punto el que saltamos con gran facilidad. Cuando cada uno de nosotros se pregunta cómo y qué debe ser y hacer para ser un buen abad o abadesa de su comunidad, la respuesta la buscamos o nos la damos saltando a pies juntos este punto fundamental. Y después nos encontramos dándonos respuestas justas y buenas, pero todas más allá del punto que nos daría consistencia y vida. Es decir, nos decimos que debemos ser buenos, atentos, misericordiosos, sabios, transmisores de una enseñanza profunda y edificante, corregir con bondad a los rebeldes, favorecer la unidad y la concordia de la comunidad, organizar la formación, la economía, etc., etc., pero todo esto es como una lista de funciones para un aparato eléctrico del que se olvida conectar el enchufe. Y nos ponemos a hacer todo nosotros, todo por nuestra cuenta, todo con nuestras fuerzas y energías, con nuestra generosidad y nuestros talentos, y Cristo nos está mirando como el Crucifijo de don Camilo, que solo puede intervenir al final, cuando todo va mal, nada funciona, y nos vemos reducidos a la miseria de nuestro voluntarismo.

Os aseguro que no digo estas cosas juzgándoos a vosotros, sino, ante todo, por experiencia personal que siempre se repite, también para el abad general.

### **Venid... aprended... encontraréis...**

Por tanto, emprendamos todo conectando el enchufe a la corriente, emprendamos todas nuestras funciones a partir de la adhesión a Cristo, dándole la mano al igual que Pedro antes de ahogarse. Somos vicarios de Cristo sólo con Cristo y nunca sin Él. Esta es la responsabilidad que San Benito describe y nos transmite para nuestra comunidad.

¿Cómo es que ayudamos de esta manera a la comunidad a escuchar y seguir al Señor? ¿Cómo encaja en una comunidad, de monjes y monjas concretos, la decisión salvífica y vivificante de escuchar y seguir al Buen Pastor?

Permitidme aclarar esta cuestión con dos textos de la Sagrada Escritura que describen negativa y positivamente el mismo problema.

En el gran Salmo invitatorio que San Benito quiso que se recitara diariamente, el 94, se ha expresado la desesperación y la exasperación de Dios ante la rebelión de su pueblo en el desierto:

“Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro.

Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía.

¡Ojalá escuchéis hoy su voz!

«No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Mása en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras. Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije: Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino; por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso.» (Sal 94,6-11)

Dios quiere guiar a su pueblo como un rebaño para conducirlo al descanso, al redil, al pasto de la vida. Pero el pueblo no escucha y no sigue, no escucha la voz de Dios que lo llama a seguirle. El corazón del pueblo está endurecido, sordo y extraviado. El rechazo a escuchar y seguir comienza en el corazón, y si la escucha y el seguimiento no parten del corazón, no se realizan, Dios no puede realizarlos. La condena parece definitiva, sin esperanza: “¡No entrarán en mi descanso!” Quien no escucha y no sigue, no encuentra descanso, el descanso de Dios, la paz de Dios para nosotros, la paz que el Buen Pastor quiere darnos. Esta condena o, si queremos, esta declaración de impotencia de parte de Dios, es muy parecida a muchas de nuestras reacciones ante actitudes cerradas o rebeldes de los monjes, monjas, o de toda la comunidad, cuando decimos que en ciertos casos no hay nada que hacer, que no hay esperanza de conversión.

Pero Cristo parece reabrir este dossier precisamente cuando en el capítulo 11 de Mateo lanza a todos el ofrecimiento de su presencia y de su amor para encontrar el descanso perdido: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,28-30).

Parece que Jesús retoma el discurso exasperado de Dios en el Salmo 94 ante el corazón endurecido y extraviado de su pueblo. Lo retoma reabriendo a la humanidad cansada del vano vagar de su corazón endurecido el acceso a un reposo, a una paz, que solo Dios puede dar, que solo existe en Dios. El acceso al reposo en Dios, para el corazón humano endurecido y extraviado, es el mismo Cristo, “Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso”; Cristo, que nos revela su Corazón: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.”

El corazón endurecido y extraviado del hombre, el corazón que se excluye de la paz del descanso de Dios, aquél descanso sabático de Dios que da cumplimiento a toda la creación (cfr. Gn 2,1-3), puede encontrar su descanso en el corazón manso y humilde de Cristo, es decir, yendo hacia Él, hacia lo profundo de su ser que su vida y presencia nos revela.

“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. Jesús nos propone aprender de una vida que revela el corazón, de una vida vivida, animada, por un corazón manso y humilde, que irradia paz.

Manso y humilde. Es lo opuesto del corazón endurecido y extraviado del Salmo 94. Cristo nos revela un corazón tierno en la escucha de Dios y dócil en el seguimiento de su camino. El corazón endurecido es un corazón que no cree, que no se fía “aunque habían visto mis obras”, dice Dios (Sa 94,9). El corazón está extraviado cuando “no conoce mis caminos” (94,19): cuando no sigue los caminos de Dios, cuando no sigue a Dios.

Cristo resuelve este trance del pueblo de Israel, siempre renovado, incluso después de la entrada en la Tierra Prometida, dándonos acceso en Él a un corazón manso y humilde, un corazón dócil a Dios, al Padre, que escucha y se fía, y que sigue los caminos de Dios. Cristo nos ofrece la paz y el reposo ofreciéndonos en Él el acceso a un corazón que escucha y sigue la voluntad del Padre. Quien va a Cristo, recibe este corazón como don, recibe esta libertad como gracia, recibe esta escucha y este seguimiento como don del Espíritu Santo, porque también el corazón de Cristo escucha y sigue al Padre en el amor del Espíritu Santo.

El gran drama del corazón humano, su tendencia mortal a endurecerse y a desviarse, a desviarse porque se endurece, porque se rebela, porque no escucha, este drama del corazón humano se resuelve en el encuentro con Cristo que da a nuestro corazón la escucha y el seguimiento del suyo, de su corazón manso y humilde.

Es aquí donde se inserta el carisma y el camino de san Benito. Por esto, me parece mejor resumir la Regla con “escucha y sigue” que no con “*ora et labora*”.

Con referencia a esto, hay una frase sintética en el capítulo 5 sobre la obediencia, donde se habla de los monjes que obedecen sin demora: “con el paso solícito de la obediencia, siguen con los hechos la voz del que manda – *vicino oboedientiae pede iubentis vocem factis sequuntur*” (5,8).

“*Iubentis vocem factis sequuntur*”: con los hechos, con la vida, siguen la voz del que manda. Seguir la voz con los hechos: escucha, seguimiento y vida coinciden, en un único acto, que corresponde a la obediencia que etimológicamente quiere decir escuchar con los hechos, escuchar con la vida (*ob-audire*). Y así no tenemos nada más querido que a Cristo (cfr. RB 5,2).

Y es aquí donde se inserta el papel del superior. San Benito confía al abad esencialmente la responsabilidad con respecto a la escucha y al seguimiento de los monjes. En el capítulo 2, en efecto, Benito escribe: “Siempre tendrá presente el abad que su magisterio (*doctrinae suae*) y la obediencia de sus discípulos, ambas cosas a la vez, serán objeto de examen en el tremendo juicio de Dios” (2,6). El abad es responsable de que los discípulos escuchen una palabra que les ayude a seguir a Cristo en la obediencia a los designios del Padre.

Para san Benito, el superior está, por lo tanto, al servicio de una palabra que permita el seguimiento, luego, que atraiga a Cristo, al corazón de Cristo, que atraiga al descanso, a la paz de nuestra vida en Dios. La palabra del superior debe acompañar a los hermanos, a las hermanas, de la dureza desviante de la rebelión a la humilde mansedumbre del corazón filial que encuentra en Dios su paz y su verdadera libertad.

El camino de la Regla es un camino del corazón, que no quiere decir un camino sentimental, sino un camino que implica a la persona hasta lo más profundo de sí misma y no solo en las formas. Un camino que acompaña la libertad de la persona para entrar en la libertad filial de Cristo, escuchando su palabra y adhiriéndose a su vida, a su amor.

Quizá la expresión más hermosa sobre esta propuesta de vida nueva está recogida en la famosa fórmula del Prólogo: “*per ducatum Evangelii pergamus itinera [Domini]* – sigamos por sus caminos (del Señor), llevando como guía el Evangelio” (Pról 21).

El Evangelio es la palabra de Cristo mismo que nos invita a seguirlo. El Evangelio es Cristo a escuchar y seguir. El Evangelio es la Palabra y el Camino. Toda la Regla nos acompaña en la escucha y en el seguimiento del Evangelio, de Cristo, revelación del Padre.

Y al abad, a la abadesa, se le confía la responsabilidad pastoral, con el fin de que esto se realice en cada monje, en cada monja, y en toda la comunidad.

A veces me gustaría hacer un sondeo relámpago en toda la Orden preguntado a bocajarro: ¿Quién está preocupado en este momento de que los monjes escuchen y sigan a Cristo? ¿Quién está verdaderamente haciendo las veces de Cristo Buen Pastor, que llama a las ovejas en su seguimiento, para que tengan vida y vida en abundancia?

Yo mismo, el primero, me sentiría muy desconcertado para responder a bocajarro, a dar cuentas de esto. Tenemos necesidad de ayudarnos a no olvidar que el superior representa a Cristo esencialmente en su actuación pastoral de “llevarnos a todos juntos a la vida eterna” (RB 72,12); Cristo, que “camina delante de las ovejas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz” (Jn 10,4).

## **Sobre todo, la salvación de las almas**

Hacemos las veces de Cristo Pastor, Maestro y Padre, y esto conlleva también un discernimiento de lo que hacemos y no hacemos. Desde el momento en que el punto del que brota nuestra identidad es representar a Cristo en el hecho de llamar y guiar a las ovejas, todo lo que conlleva este ministerio es esencial, y todo lo demás es superfluo y también nocivo si impide la tarea esencial.

Los superiores a menudo están obligados a hacer muchas cosas, a ocuparse de muchas cosas, por falta de otras personas capaces, por la situación del lugar o de la comunidad, porque “siempre se ha hecho así”... Pero no debemos olvidar que hacer las veces de Cristo Pastor no quiere decir, por ejemplo, hacer las veces de Judas, el cajero, o de Marta, que se preocupa de todas las cosas de la casa. ¡Qué a menudo sucede esto en nuestras comunidades!

Todos los superiores deberían aprender de memoria la parte final del capítulo 2 de la Regla: “Es muy importante, sobre todo, que (el abad), por desatender o no valorar suficientemente la salvación de las almas, no se vuelque con más intenso afán sobre las realidades transitorias, materiales y caducas, sino que tendrá muy presente siempre en su espíritu que su misión es la de dirigir almas de las que tendrá que rendir cuentas. Y, para que no se le ocurra poner como pretexto su posible escasez de bienes materiales, recuerde lo que está escrito: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura». Y en otra parte: «Nada les falta a los que le temen». Sepa, una vez más, que ha tomado sobre sí la responsabilidad de dirigir almas, y, por lo mismo, debe estar preparado para dar razón de ellas. Y tenga también por cierto que en el día del juicio deberá dar cuenta al Señor de todos y cada uno de los hermanos que ha tenido bajo su cuidado; además, por supuesto, de su propia alma. Y así, al mismo tiempo, que teme sin cesar el futuro examen del pastor sobre las ovejas a él confiadas y se preocupa de la cuenta ajena, se cuidará también de la suya propia; y mientras con sus exhortaciones da ocasión a los otros para enmendarse, él mismo va corrigiéndose de sus propios defectos.” (RB 2,33-40)

Me doy cuenta que esto es un grave problema en nuestro ministerio. A menudo nos encontramos con tener que ocuparnos de muchas cosas que nos absorben tiempo y energía, y esto en detrimento de la atención a nuestra comunidad y a nuestros hermanos y hermanas.

En este fragmento de la Regla, vemos que san Benito era ya muy consciente del problema. ¿Cómo nos ayuda a afrontarlo? Invitándonos a correr el riesgo de una solución evangélica y de fe: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,36). “Nada falta a los que le temen” (Sal 33,10). En resumen, nos pide que en medio de nuestros problemas no olvidemos que también existe Dios, que no somos nosotros solos los que debemos resolverlos todos, y que Dios nos pide dar prioridad a su Reino, porque es verdad que lo que nos ocupa y preocupa, a menudo, son cosas de otro reino, “realidades terrenas, transitorias y caducas”, como dice aquí. Y no podemos acusar a san Benito de espiritualismo, de falta de realismo y atención a los aspectos prácticos y concretos de la vida, él, que regula también el trabajo, el comer y beber, el vestirse, el descanso y el espacio de tiempo indispensable “para las necesidades de la naturaleza” entre Vigilias y Laudes (8,4)...

Pero nada debe ser más importante para el superior del monasterio que el hecho de representar a Cristo, Buen Pastor, que llama y guía a las almas a la salvación.

Debemos saber reflexionar juntos y ayudarnos en esta prioridad, porque me parece esencial y urgente hoy más que nunca, porque estamos en un período de la sociedad y de la situación de nuestras comunidades en las que el aspecto económico, al menos en Occidente, se ha convertido en algo muy problemático y complicado; y, al mismo tiempo, en la mayor parte de las comunidades se percibe una carencia de verdadera formación y de verdadero acompañamiento

en nuestra vocación, por parte de los superiores y de la comunidad. Los jóvenes, donde los hay, están dispuestos a escuchar y a seguir, pero a menudo se encuentran con poca disponibilidad y presencia de los superiores como padres, maestros, pastores. Los hacemos estudiar, les ofrecemos varias posibilidades de formación externa, pero la formación humana de quien ayuda a escuchar y a seguir verdaderamente a Cristo es, a menudo, muy carente. Corremos el riesgo de ser también nosotros como muchos padres de hoy que trabajan mucho, pero están poco disponibles para sus hijos, que después crecen como salvajes, aunque se les envía a las mejores escuelas y siguen cursos de toda clase. Reciben una educación virtual, no porque estén siempre navegando en Internet, sino porque falta la educación humana de la presencia autorizada y amiga que acompaña sus vidas con la palabra y la experiencia.

El problema es que los cursos universitarios pueden recuperarse a los cuarenta o cincuenta años, pero la formación humana que no se recibe en el momento justo, es rarísimo que uno pueda recuperarla.

### **Escucha, seguimiento y confianza**

Entonces, ¿qué se nos pide como superiores para no “desatender o no valorar suficientemente la salvación de las almas” (2,33)?

Retomemos una palabra del Evangelio de Juan sobre el Buen Pastor, que ya cité: “Las ovejas le siguen porque conocen su voz” (Jn 10,4).

¿Qué lanza, qué sucede en las ovejas que siguen el reclamo de la voz del pastor? Diría que les lanza un acontecimiento interior, un acontecimiento del corazón, afectivo. Este acontecimiento interior es la confianza. Las ovejas siguen la voz del pastor porque en su corazón, en su libertad, les mueve el acontecimiento de la confianza en esta persona que les llama una por una por su nombre (cfr. Jn 10,3).

¿Cómo se llega a esto? ¿Cómo aquella mañana las ovejas han escuchado y seguido al pastor sin dudar, sin rebelarse, sin miedo? La respuesta es obvia. Han tenido tiempo y ocasiones para conocer al pastor, para escuchar su voz, y, comenzando a fiarse de él, quizá siguiéndole y saliendo las primeras veces con indecisión y temor, un poco a la fuerza, han hecho la experiencia de su fiabilidad, que el pastor no les hacía daño, y que incluso les llevaba a buenos pastos, a buenas fuentes de agua, para permitirles vivir y crecer bien. Esta experiencia progresiva ha educado a las ovejas en la confianza en el pastor, les ha educado a abrir con simpatía sus oídos a su voz, seguirlo sin resistencia y dudas, para andar donde él decida. Sabían que era para su bien, incluso si a veces debían seguirlo por lugares un poco escarpados, en subida, o un poco peligrosos. Ya sabían que también este cansancio les conducía siempre a un bien mayor para ellas.

Todo esto para decir que la confianza de la escucha y del seguimiento es fruto de un camino. No es una actitud que se improvisa. Se trata de un proceso interior, de la conciencia y de la libertad, cuyas tres decisiones deben crecer juntas, estimularse mutuamente, provocarse mutuamente, hasta que lleguen a armonizarse en un único acto. Las tres decisiones son precisamente la escucha, el seguimiento y la confianza. En el inicio, están distantes, no se generan aún mutuamente. Con el tiempo, con la experiencia, con el riesgo de aceptar andar más allá de sí mismas, comienzan cada vez más a interactuar y a generarse mutuamente.

Y cuando la escucha, el seguimiento y la confianza se convierten un acto unificado del corazón, es cuando se puede hablar de amor, de caridad. El acto armónico de la escucha, el seguimiento y la confianza es el acto del amor, aquel “perfecto que aleja el temor” (RB 7,67; 1Jn 4,18), es decir, el temor de la desconfianza que no escucha y, sobre todo, no sigue.

Todo este proceso, fundamental para el crecimiento desde el nacimiento de toda vida humana, de toda persona, es, en el fondo, un proceso de amistad, de la verdadera amistad que permite crecer, salir de las propias cerrazones, para caminar más allá de los propios límites, más allá de los límites de los propios miedos, sobre todo, del miedo de amar.

A veces nos preguntamos por qué muchos de nuestros hermanos y hermanas son tan rebeldes y parecen rechazar siempre la escucha y el seguimiento. ¿Por qué no se escucha, por qué no se sigue, incluso si se es monje y monja, incluso después de la Profesión? No es raro encontrar en las comunidades monásticas casos de rebeliones increíbles y absurdas.

Pero el verdadero problema no está en el por qué de estas rebeliones. Y la actitud correcta en nosotros como superiores no es la de sentirnos bloqueados y depresivos por esta causa. El verdadero problema es nuestra disponibilidad y decisión para emprender este camino con las personas que nos han sido confiadas. El ser conscientes que la escucha, el seguimiento y la confianza son, como decía antes, tres elementos interactivos que se estimulan unos a otros y que crecen favoreciéndose mutuamente, en un movimiento espiral que tiende a coincidir.

A menudo nos escandalizamos y desanimamos ante las rebeliones de los hermanos porque pretendemos una escucha y un seguimiento inmediatos, sin que se dé un recorrido que haga nacer y crecer la confianza y, por lo tanto, la libertad de escuchar y seguir por amor a Cristo, y no como obligación voluntarista y formal o, peor aún, por darnos gusto a nosotros, superiores, para no “entristecernos”.

Esto es señal de que nosotros, primeramente, no estamos lo bastante avanzados en la confianza de una escucha que sigue con alegría y libertad al Señor. No es grave, porque también nosotros, al igual que nuestros hermanos y hermanas, debemos progresar durante toda la vida en este camino y solo estaremos maduros al final, o después del final. Pero debemos preguntarnos si nosotros estamos en condiciones de crecer en esto, y, por lo tanto, para creer en ello lo suficiente como para proponer esta experiencia a los demás. San Benito nos invita a esto, invitando al abad a escuchar el primero, a seguir el primero, a confiar el primero.

### **La fraternidad de los superiores**

¿Pero dónde y cómo podemos nosotros los primeros hacer esta experiencia de escucha confiada que sigue?

Ciertamente, nuestra comunidad es también para nosotros el ámbito normal de este camino, y siempre encontramos en ella hermanos o hermanas que son para nosotros maestros, a menudo sin darse cuenta de ello, en la escucha y seguimiento del Señor con fe hasta la caridad. Pero, a menudo, la comunidad que asumimos en el momento en que devenimos superiores no es muy madura ni en la experiencia, ni en la conciencia de este. Todos somos, más o menos, herederos de una época de seguimiento formal, exterior, de escucha poco silenciosa y sedienta de la Verdad (¡qué poca lectio divina, de la Biblia, del Evangelio, qué poca meditación de la Regla y de nuestros padres y madres cistercienses encuentro en nuestras comunidades!), y de ausencia de confianza en los demás y en Dios.

Tenemos necesidad de recuperar un sentido en nuestra Orden y en las relaciones entre los superiores que ofrezca a cada uno de nosotros aquél ámbito de fraterna amistad que nos eduque a cada uno en un seguimiento de Cristo que parta de una escucha confiada de su Palabra, de su presencia que nos habla y que nos ama.

¿Es esto una novedad? No creo. Pienso que la fraternidad abacial ha sido uno de los aspectos fundamentales de la experiencia cisterciense de las primeras generaciones. Los Capítulos Generales no eran solo reuniones formales, legislativas y administrativas, o correctivas. Eran un momento de intensa fraternidad, de escucha recíproca y comunitaria de la Palabra de Dios, y de

estímulo amigable a renovar el seguimiento por parte, ante todo, de los mismos superiores y, por lo tanto, posteriormente de las comunidades. Por esto, los superiores de toda la Orden cargaban cada año con el cansancio de volver a Cîteaux desde todos los lugares de Europa. Les atraía una amistad que renovaba y alimentaba la confianza personal en la escucha de Cristo y en su seguimiento, es decir, la observancia viva de la Regla, una amistad que los abades continuaban cultivando con todos los medios que la época medieval les permitía.

Los primeros Capítulos Generales que he vivido como abad de Hauterive, tuve la impresión de que eran la cita quinquenal de un torneo de boxeo, que nos reunía más para luchar que para dialogar y ayudarnos mutuamente. Se repartía entre vencedores o vencidos, según lo que se había obtenido o no. Estoy caricaturizando, aunque no demasiado... Por lo que cuando ha comenzado a dominar un espíritu de amistad, de escucha recíproca y de deseo de ayuda mutua, estábamos, en el fondo, sorprendidos, como los discípulos que han vivido Pentecostés, que también eran expertos en litigios y en luchas por el poder... Quizá para nuestra Orden el salto ha venido con la entrada en el Capítulo General de las monjas, es decir, con la sensibilidad femenina, más sensible y atenta a la necesidad que a la conquista. Seguramente nos ha ayudado el aumento de los miembros no "Occidentales" de nuestra Orden, en particular, de los asiáticos, pero también de los africanos y sudamericanos, con su sensibilidad diversas, que no entra en nuestros esquemas y funcionamientos, y que obliga a los europeos a no sentirse ya el centro del mundo...

Pero también ha favorecido este espíritu de amistad el agudizarse en la mayoría de nuestras comunidades el sentimiento de fragilidad y, por lo tanto, la necesidad de ayuda, de sostenimiento, de comunión. Hoy tenemos más necesidad de vida que de poder. Por esto, pienso que vivimos un tiempo de gracia, o, más bien, un tiempo para la gracia, favorable a la gracia de Dios. Y la principal gracia de Dios es la caridad, la Suya y la que Él nos da para hacer circular entre nosotros.

Lo que más me preocupa en la Orden es la soledad de los superiores, que no es tanto geográfica, logística, sino como una elección no libre en la que lo que nos domina, en el fondo, es la ilusión orgullosa de que podemos salir de ella por sí solos. Y lo que más me conforta en la Orden es, justamente, la amistad que, de mil modos, veo nacer entre nosotros; una amistad que no se limita a consolarnos de nuestras cruces, sino que se convierte en un ámbito en el que crece nuestra vocación, es decir, un ámbito que busca y favorece la escucha de la palabra de Dios, que nos acompaña para seguirlo, y en la que la confianza en él puede alimentarse y crecer.

En esta amistad, nuestras comunidades encuentran un lugar junto a nosotros, aunque estemos lejos, no para lamentarnos siempre de ellas y criticarlas, sino para renovar en nosotros la confianza con que escuchamos y seguimos al Señor, que se convierte en el verdadero don de nuestra vida al rebaño de Dios que nos ha sido confiado.

### **Capaces de exhortar**

Tenemos necesidad del consuelo de la amistad para poder consolar. Sobre lo que quiere decir consolar a una comunidad, existe un ejemplo muy hermoso en los Hechos de los Apóstoles, cuando Bernabé visita Antioquía, enviado por los apóstoles:

«Cuando (...) llegó y vio la gracia de Dios se alegró y exhortaba a todos a permanecer, con corazón firme, unidos al Señor, porque era un hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe. Y una considerable multitud se agregó al Señor» (Hch 11,23-24).

Es uno de los muchos pasajes bíblicos que condensan todo, aunque puedan pasar desapercibidos. Bernabé llevaba bien su nombre de “hijo de la exhortación” (semitismo que significa “capaz de exhortar”: cf. Nota de la *BdJ* a Hch 4,36), porque exhorta a lo esencial, a lo que verdaderamente salva y consuela. Su anuncio, lleno del Espíritu Santo y de fe, mira esencialmente a establecer a quien lo escucha en la adhesión del corazón a Cristo Señor.

Me hace pensar en cómo san Benito define y describe el ministerio de la palabra que confía al abad, a la abadesa, y que a menudo veo descuidado en nuestras comunidades, por temor de no ser capaces para ello o de ser juzgados: “Las disposiciones y la enseñanza (del abad) deben caer en el ánimo de los discípulos como un fermento de justicia divina – *Iussio eius vel doctrina fermentum divinae iustitiae in discipulorum mentibus conspargatur*” (RB 2,5). Se nos pide arrojar, esparcir, sembrar, la levadura de la justicia divina, de la verdad y santidad de la vida, sobre las mentes de nuestros hermanos y hermanas, como sobre un campo, con paciencia y dejando actuar el fermento, así como el Espíritu lo hará actuar en sus corazones y en sus mentes para hacer crecer su vida. En esto debemos ayudarnos y animarnos entre nosotros como superiores y formadores, también esparciendo entre nosotros el fermento de la divina justicia.

La exhortación de Bernabé es condensada por Lucas en una expresión admirable: “Exhortaba a todos a perseverar con corazón animoso en el Señor”. La traducción es un poco libre y se separa de los términos que en el Nuevo Testamento alcanzan una gran densidad. En latín sería: *in proposito cordis permanere in Domino*. *Proposito*, en griego *prothései*, tiene el sentido de poner delante, de poner ante todo: expresa, por lo tanto, una preferencia. En este caso, una preferencia del corazón que permite *permanere*, es decir, permanecer establemente, con firmeza y fidelidad, en el Señor. ¡Nada más monástico y benedictino!

Esta exhortación de Bernabé es, en el fondo, la esencia de la evangelización. Es una evangelización que alcanza hasta hacer penetrar el Evangelio en el corazón de las personas, de modo que se viva en profundidad y que se convierta verdaderamente en vida. Porque solo se hace vida lo que aferra el corazón, echando raíces en él, en el centro de la vida. No se construye nada sólido, estable y vivo, si no se evangeliza de verdad y no se edifica una comunidad estable y viva, como hizo Bernabé en Antioquía, sin favorecer en todos y de todos modos la preferencia del corazón hacia Jesús, la que nos pide con insistencia san Benito, la que nos hace poner la presencia de Cristo antes de todo, que hace permanecer, es decir, estar y morar decididamente en Él.

Señalemos que este trabajo de evangelización, lo hace Bernabé a partir de la constatación de la gracia que actúa ya en la comunidad de Antioquía: «Vio la gracia del Señor (y) se alegró» (Hch 11,23). Bernabé no parte de cero. Nunca se parte de cero, porque existe siempre una gracia de Dios ya actuante en las personas, en las comunidades, porque Dios nos ama siempre el primero. Esta mirada de Bernabé que comienza viendo lo positivo y lo que Dios ha obrado ya, es también un signo de humildad. Uno no parte de cero porque no parte de sí mismo, y no parte de sí mismo porque se apoya en la gratuidad de Dios. ¡Cuántas veces no vemos la gracia ya actuante, y no solo en los “paganos”, sino en nuestros hermanos y hermanas cristianos, en nuestros hermanos y hermanas monjes y monjas!

Cuando se tiene esta mirada que “ve la gracia” actuante, incluso en su estado embrionario (también es verdad que Bernabé corre después a Tarso a buscar a Saulo para trabajar juntos un año entero en la evangelización de Antioquía), cuando se tiene esta mirada, el primer efecto es la alegría: «Se alegró, *gavisus est, echárē*». Es el mismo verbo utilizado por el ángel en el anuncio a María: «Alégrate, llena de gracia» (cf. Lc 1,28). Quien ve la gracia, quien mira la gracia, está alegre ante todo. No ve el vaso medio vacío, sino medio lleno, por lo tanto, no resopla, no murmura, sino que parte en positivo, aunque todo esté por construir, o por reconstruir.

Entonces, su obra de edificación de la comunidad es una exhortación en el sentido literal del término, un estimular la emergencia de un núcleo de positividad llamado a crecer, a irradiarse, a dar fruto. Es como cultivar una semilla o, más bien, como criar un hijo.

## La paternidad

Bernabé es capaz de esta mirada y de esta paternidad que hace crecer, porque tiene tres cualidades: es bueno (*agathos*); está lleno del Espíritu Santo y está lleno de fe (cf. Hch 11,24). La paternidad como exhortación a preferir de forma estable a Cristo con el corazón, es la expresión de una humanidad plasmada de la bondad, es decir, de la caridad, del don del Espíritu y de la fe. Diría que los términos han de leerse en orden inverso: la fe abre al don del Espíritu Santo, que nos llena de caridad, de bondad que exhorta y consuela.

En otras palabras, quiere decir, sobre todo, que Bernabé era uno que vivía prefiriendo el Señor a sí mismo. Todas sus cualidades son gracia, dependen de la gracia del Señor, del don del Espíritu. Por esto, Bernabé no exhorta trabajar más, a hacer más, a ser más eficaces y trabajadores, a ser más obedientes, a ser mejores monjes y monjas, sino a unirse más y más profundamente al Señor, a depender más de Él, a abandonar el corazón a Cristo, con fe y esperanza. Sabe que es de allí de donde viene la fecundidad de la vida y de las comunidades. En efecto, el fruto de su presencia en Antioquía y de su exhortación a preferir a Jesús con el corazón, es una fecundidad para el mundo, una atracción del mundo hacia Cristo: «Y una multitud considerable se adhirió al Señor» (Hch 11,24).

Quien se une a Cristo, sea una persona en particular o una comunidad, conduce también a la multitud a adherirse al Señor, a preferir la presencia del Señor. La verdadera misión cristiana es la transmisión de un tesoro, de la perla preciosa del Reino de Dios, es decir, la comunicación al otro de la preferencia de Cristo. Por lo tanto, la condición de la misión es vivir en primer lugar esta preferencia, poseer en primer lugar este tesoro, conseguir en primer lugar esta perla. Por esto, en la Iglesia no hay misión, no hay evangelización sin vida contemplativa, sin adoración. Si en el corazón de la misión en el mundo no existe la preferencia por Jesucristo, la misión, el testimonio, no tiene contenido, es inconsistente como valor.

La misión de todo cristiano y de toda comunidad, debe partir siempre de una preferencia por Cristo vivida y encarnada en la existencia. La que nos pide y a la que nos educa san Benito, y que nosotros, como superiores, debemos cultivar y renovar continuamente en nosotros mismos y en nuestras comunidades, y por la que debemos ayudarnos fraternalmente entre nosotros.

Quisiera terminar con dos versículos del profeta Isías que hemos cantado esta mañana en Laudes, y que me parecen resumir nuestro deseo y nuestra tarea, y la experiencia que queremos vivir y transmitir a nuestras comunidades.

“El que vive, el que vive, ése te alaba, como yo ahora.  
El padre enseña a los hijos tu fidelidad.  
Yahveh, sálvame, y mis canciones cantaremos  
todos los días de nuestra vida junto a la Casa de Yahveh" (Is 38,19-20).

“El padre enseña a los hijos tu fidelidad”.

Esta es toda nuestra tarea, nuestra identidad, nuestra paz en medio de todas las pruebas y fatigas, y el secreto de una verdadera fecundidad pastoral en la caridad que alcanzamos en la fidelidad del amor de Cristo por nosotros y para nosotros.